

Los españoles de Leclerc

Memorias del exilio

Eduardo Pons Prades, reconocido especialista en el tema de la resistencia de los republicanos españoles en Francia, en cuyas filas militó y sobre cuyas peripecias ha publicado varias obras, ha tratado en este serial, exclusivo para HISTORIA 16, sobre el éxodo español hacia la frontera francesa al concluir la guerra civil, el trato recibido por los refugiados españoles, el comienzo de la segunda guerra mundial, la actuación de los españoles durante la invasión alemana de Francia, el comienzo de las guerrillas... En este quinto capítulo - siempre con la técnica del testimonio directo de los protagonistas- se narra la organización de las guerrillas, el encuadramiento español en las unidades regulares del renacido ejército francés, la actuación española en la liberación de Francia y el comienzo de las operaciones del "maquis" en España.

EL manchego Miguel Vera sería el primer coordinador departamental de las fuerzas resistentes españolas, compuestas casi enteramente por los desertores de los GET (grupos disciplinarios de trabajadores extranjeros). Un hijo de emigrados económicos españoles, de Almería, Ricardo Andrés, que más tarde sería ejecutado por los alemanes, realizó el enlace con la resistencia francesa. *Con todo, hubo algunos grupos de maquis incontrolados. Por eso conviene puntualizar que la hora de la verdad sonó cuando los antiguos cazadores alpinos, unidad disuelta a raíz del armisticio franco-alemán, decidieron organizar el « Batallón del Glières », con el capitán Tom Morel a la cabeza. Debo decir que, con anterioridad, los cazadores alpinos ya nos habían entregado armamento suyo, de los arsenales que tenían escondidos antes de que llegasen los alemanes.*

Como es sabido, el «Batallón» tenía por misión "subir" a la meseta de los Glières y constituir allí una base guerrillera que más tarde debía transformarse en un « frente interior antialemán ». Pero los insondables meandros de la política del general De Gaulle -primero desde Londres y luego desde Argel- provocaron el hundimiento de aquella base, al igual que la de Vercors -en los Bajos Alpes- y la del "Mont Mouchet", en el Macizo Central, y el aniquilamiento y la dispersión de los grupos guerrilleros reunidos allí. Nuestra Sección Ebro formaba parte del citado « Batallón ».

Al iniciarse la gran ofensiva alemana, apoyada por los milicianos fascistas franceses, cada cual salió de la meseta como mejor le dio a entender su experiencia.

Cada hombre es una peripecia. Otro caso, el de Emilio Álvarez Canosa « Pinocho »:

«Yo caí por las minas de oro de Salsigne procedente del campo de Bram. Estando en "misión" en Marsella fui detenido en la estación Saint-Charles, y tras los interrogatorios de rigor, en Marsella y en Montpellier, me pasaportaron al campo de castigo de Vernet-les-

Bains. De allí me evadí con otros dos compañeros socialistas y nos fuimos a trabajar a la cuenca minera de Provenza. Tan sólo para procurarnos documentación, claro. Para escapar a una denuncia escapé a Burdeos, cruzando la Línea de Demarcación. Que volví a cruzar a las pocas semanas, a principios de 1943, para reunirme con las guerrillas de la Dordogne, donde formé mi propio destacamento, que se especializó en voladuras de trenes y de vías férreas. En los comienzos de 1944 me nombraron jefe de la Dordogne-Nord, destino que asumí hasta poco después de la liberación de aquella zona (agosto-septiembre de 1944). Es decir, hasta que reorganizamos nuestra unidad con vistas a su traslado a los Pirineos, para participar en la Operación Reconquista de España.»

En el desierto y en Normandía

Aunque se nos haya olvidado intencionadamente, la guerra en Francia está cubierta de andanzas españolas. Federico Moreno Buenaventura estuvo con las unidades de Leclerc en África y, después, en Normandía: « Después de aquella fabulosa aventura del desierto, la columna Leclerc fue enviada a descansar a tierras de Marruecos. Allí, al formarse la Segunda División Blindada de la Francia Libre, fue donde la representación española adquirió un volumen impresionante. Acudían compatriotas nuestros de todas partes: de los campos de concentración del Sahara -donde los había encerrado el mariscal Pétain-, de la Legión Extranjera o de los Cuerpos Francos, de donde desertaban por racimos. A eso se le llamaba « traslados espontáneos ». Y muchos otros que habían estado medio escondidos en Argel, en Orán, en Túnez y en Casablanca. Tamaña afluencia se justificaba así: habían corrido rumores de que el desembarco en Europa se iba a efectuar por las costas españolas. Si no cierran los banderines de enganche se hubiesen podido formar, sólo con españoles, las dos divisiones blindadas de la Francia Libre. Aunque pronto recibimos material americano e inglés, tardamos más tiempo de lo esperado en abandonar los campamentos africanos, y no embarcamos hacia Inglaterra hasta abril de 1944. Dos meses más tarde -el 6 de junio-, los Aliados desembarcaban en Normandía. Y nosotros, incomprensiblemente, seguíamos acampados en el centro de Inglaterra. Esto se debía a varias barrabasadas que el general Leclerc había hecho a sus aliados en la campaña de Túnez -y que volvería a hacerles en Francia y en Alemania-, ya que tanto él como De Gaulle consideraban que debía quedar bien claro -y para ello las unidades de la Francia Libre debían ir en vanguardia- que los territorios bajo mandato francés -o antiguas colonias-, eran liberados por unidades francesas, que debían entrar las primeras en las villas importantes

Al fin, en la noche del 31 de julio al 1º de agosto de 1944, los hombres de Leclerc ponen pie, a su vez, en las playas normandas. Entonces el orgullo nacional francés resurge de nuevo, con otra obsesión: la de entrar los primeros en París. Pero, para ello, tendremos que combatir a marchas forzadas, casi « a destajo », dejando de lado muchas veces las más elementales normas guerreras clásicas: como es la de no descuidar demasiado los flancos de las fuerzas propias. Mas lo cierto es que, tal como Leclerc -que era indiscutiblemente un genio- planteó los avances, nadie era capaz de señalar dónde estaban nuestros flancos. Aquello, visto a distancia, fue un puro disparate bélico y te puedo asegurar que nadie disfrutó tanto la marcha sobre París -en el tramo Normandía-París- como los españoles. Y en particular los de la Novena Compañía, que, salvo su jefe: el capitán Dronne, estaba

compuesta exclusivamente de españoles. ¡Había que ver las bandadas de autos blindados, bautizados casi todos con nombres españoles -Don Quijote, Madrid, Teruel, Ebro, Jarama, Guernica, Guadalajara, Brunete, Belchite y el de los tres mosqueteros: Porthos, Aramis y Artagnan: ¡corriendo por las carreteras, escalando ribazos, saltando acequias y vadeando arroyos! Lo dicho: ¡un puro dislate! Y, cuando norteamericanos e ingleses estaban discutiendo con De Gaulle, Leclerc ordena a Dronne: « Ya sabe lo que toca hacer: ¡derecho a París, sin preocuparse de nada más! ». Y Dronne nos convoca a los jefes de sección - Montoya, Granell, Campos y Moreno- y nos dice lo que hay que hacer, pase lo que pase.

Recorrer los doscientos kilómetros que nos separaban de París no fue tarea fácil para nadie. Al operar en francotiradores renunciábamos a la cobertura aérea made in USA, y al apoyo de nuestros tanques pesados. Personalmente, tuve que enfrentarme, con mis tres blindados, con unos cañones alemanes del 88, que nos tapaban el camino. Tuvimos suerte, esa es la verdad. Así que, el día 24 de agosto de 1944 -un jueves- a eso de las nueve de la noche, entrábamos en la plaza del Ayuntamiento de París. El «Don Quijote», que era el blindado de mando de mi sección, fue el primero en aparcar allí. Y en la hora que siguió llegaron los restantes autos blindados conducidos por españoles, con nombres castellanos en los flancos y en el morro de sus vehículos. Por eso nos dolió tanto lo que ocurrió, veinticinco años más tarde, en agosto de 1969, en un reportaje conmemorativo de la Liberación de París, retransmitido por la televisión francesa. La emisión duró casi dos horas y en ella participó incluso la viuda del mariscal Leclerc... Pues bien, ni una sola vez, en toda la emisión, se oyó nombrar la palabra español...»

Cadena de evasiones

Los refugiados españoles colaboraron también en la evasión de otros perseguidos. Uno de ellos fue M. H. P., « el Murciano », que cuenta: « *Mi actuación clandestina empezó en el Mediodía de Francia y se centró casi exclusivamente en organizar expediciones de personal y trasladarlo a España, clandestinamente y por vía marítima, por cuenta de la famosa cadena de evasión aliada «Pat O'Leary». Ya es sabido que los últimos eslabones de la misma -tanto por tierra, desde Toulouse, como por mar, desde Sète- fueron organizados y estaban servidos por guías republicanos españoles. Y que su máximo responsable -los libertarios repugnamos usar el término de jefe- era un maestro nacional de Huesca, asturiano de nacimiento, llamado Paco Ponzán Vidal. Con anterioridad, y por razón de mi empleo como mecánico a bordo de un barco griego que batía pabellón panameño, yo ya había participado en la organización de la huida de un grupo importante de diamanteros de Amsterdam, todos judíos, en el otoño de 1940. Los llevamos hasta Lisboa, después de una escala fallida en Casablanca. Yo todavía me estoy preguntando cómo se las arreglaron para salir de Holanda, cruzar Bélgica y luego la zona norte de Francia, ocupada militarmente por los alemanes, franquear la Línea de Demarcación, cruzar toda la zona llamada Libre y presentarse en el puerto de Sète como si tal cosa. Con sus coches, sus respectivas esposas y un equipaje tremendo. ¡Ah, y unos maletines de mano que no los soltaban ni para dormir! O sea, que en punto a persecución de judíos, se ve que los alemanes no hilaban muy fino, según en qué ocasiones...*

En Sète los embarques debieron interrumpirse, en la primavera de 1943, a causa de la detención de un joven matrimonio belga, que se fue de la lengua... Entonces me trasladé a Marsella y a Niza, donde organicé algunas expediciones. Luego, presionado por nuestros protectores franceses, que me consideraban « quemado », se me pasaportó a la capital austríaca, donde estuve un año. Algún día diremos cuál fue nuestra actuación allí. En mayo de 1944 ya estaba de nuevo en Francia: en París. Los españoles participamos activamente - tanto los de la Leclerc como los paisanos- en la liberación de la capital de Francia. Y semanas después, tras varios cambios de impresiones entre libertarios de la Leclerc (Campos y Bullosa) y los del Comité Regional de París, nos incorporábamos clandestinamente a la 2ª División Blindada, con el único objeto de recuperar armamento ligero abandonado por los alemanes en el campo de batalla y enviarlo a París, con vistas a armar a gente nuestra destinada a ir a luchar a España. Pero lo que fue aquella aventura en la división la Leclerc, ya te lo contará el amigo Blesa.»'

« Yo no supe nunca de dónde demonios el canario Campos sacó aquel auto blindado que nos entregó, dice Joaquín Blesa. Lo bautizamos «el Kanguro». Íbamos en él - debidamente uniformados y armados- Manolo, Ros, Mariño, Rosalench, García y un servidor. Nuestro cometido consistía en ir pegados a los blindados de la sección que mandaba Campos y cuyo ayudante -Bullosa- era catalán. Cuando la sección se desplegaba, entonces nosotros empezábamos la recogida de material. Llevábamos unas sacas de lona y en ellas metíamos pistolas, metralletas, bombas de mano, fusiles ametralladores e incluso ametralladoras... Las atábamos bien atadas y las colocábamos en el fondo de la caja del blindado. Y, para evitar sorpresas, nosotros dormíamos siempre en el auto blindado, encima de los bultos. Hasta que el jefe de la Compañía de Municionamiento -Antonio B. Clarasó, hijo de Reus- nos avisaba del paso de los camiones, que salían hacia la retaguardia a buscar material.

Como muchos conductores de vehículos también eran españoles, el traslado de los bultos hacia París se hizo siempre en buenas condiciones. A veces, las sacas las escondíamos en casas medio derruidas, al borde de la carretera y nuestros compañeros -siempre iban dos en el camión de la recuperación los recogían de paso. Este « tiovivo » duró a la raya de ocho semanas. Hasta que mataron a Bullosa en un combate, en el que nos vimos obligados a participar nosotros con «el Kanguro», por cierto. Campos consideró que era muy peligroso seguir en aquellas condiciones, por lo que nos fue otorgando permisos -indefinidos- para ir a París. Y al «Kanguro» le pegó dos zambombazos con el cañón de su blindado -«el Ebro»- y también lo dio de baja. »

En el refugio de Hitler

Algunos españoles estuvieron, incluso, entre los primeros que alcanzaron la casa donde veraneaba Hitler. Martín Bernal « Garcés » cuenta: « Yo pasé a Francia en agosto de 39, escapado de la prisión de Porta-Celi (Valencia) en compañía de varios paisanos maños. Al cabo de ocho semanas de andar de noche y dormir de día llegamos a Francia. Allí me vi obligado a enrolarme en la Legión Extranjera, cuando los gendarmes franceses ya me conducían a la frontera en el Senegal- y después participé en la campaña de Túnez, en la que

me hirieron el 9 de mayo de 1943. Yo fui de los que se autoaplicaron el « traslado espontáneo », reuniéndome con los españoles de la División Leclerc. Con Federico Moreno fuimos subjeses de sección primero y de sección más tarde. A mí me hirieron de nuevo por tierras de Alsacia. En abril de 1945 cruzamos el Rin y comenzó la invasión de Alemania. Mi sección fue una de las que participó en la última travesura de Leclerc, despegándonos primero del grueso de la columna, utilizando luego el « itinerario por libre » fijado por él, y llegando casi los primeros a Berchtesgaden, el lugar de veraneo del Führer Adolfo Hitler. Y digo casi porque, con la sección de Moreno, nos tropezamos con unos cañones alemanes del 88 en el desfiladero de Inzell, ya muy cerca de nuestro objetivo final. Y hasta que no acabamos con ellos no reemprendimos la marcha. Así que, al entrar en aquella villa tirolesa, por las calles ya se veían blindados de la 2ª División Blindada, de los que habían pasado por arriba... o por el medio, porque aquello fue algo parecido a la marcha sobre París. ¡No podía negarse que Leclerc era del arma de Caballería!

No, yo no fui de los primeros en subir al Nido de Águila de Hitler. La sección que acompañó al capitán Touyères, de pie en su jeep, como un caballero de la Edad Media erguido en su montura, fue la 1ª, que mandaba Moreno. Nosotros -la 2ª- subimos detrás de ellos, en servicio de protección. Pero yo fui, eso sí, uno de los primeros españoles que entró en el Berghof de Hitler. Y experimenté, lo confieso, un gran alivio. Era como si, de pronto, hubiésemos lavado todas las afrentas que las republicanos españoles habíamos recibido desde 1936 ».

« Cara a España »

Con la liberación de Francia (agosto-septiembre 1944) se opera la reorganización de las fuerzas guerrilleras españolas -unos once mil hombres armados- y su concentración en los departamentos vecinos a la frontera franco-española. La salida a la luz pública de las principales organizaciones políticas españolas del exilio -republicanas; socialistas y libertarias- y la propagación de sus consignas, instrucciones, y en ciertos casos ultimátum, provoca el cuarteamiento de la iniciativa comunista « Cara a España ». Así que, cuando se produce la llamada invasión del Valle de Arán, en el otoño de 1944, los destacamentos guerrilleros que participan en ella, contando un millar largo de jóvenes recién alistados, no alcanzan los cinco mil hombres.

Con los comunistas, que forman el grueso de las expediciones guerrilleras a través del Pirineo, colaboran, sin embargo, socialistas partidarios de Negrín y de Álvarez del Vayo. Así como un grupo de libertarios, a los que se conocerá por « Agrupación Cenetista de Unión Nacional ». Unos meses más tarde, con la terminación de la Segunda Guerra Mundial (mayo de 1945), se plantean a los exiliados republicanos españoles una serie de opciones que van desde el regreso a España (« *Los exiliados podrán reintegrarse a sus hogares sin que sufran molestias de ninguna clase* », puede leerse, a través de notas oficiales, en la prensa franquista), hasta su emigración a países de Iberoamérica, pasando por la instalación en países europeos, y muy particularmente en Francia. Aunque, en este último caso, el asentamiento seguirá siendo provisional, ya que se ha puesto en marcha la llamada ofensiva diplomática contra el régimen franquista, en el cuadro de las Naciones Unidas, y de ello, tanto el gobierno

exiliado que preside el republicano José Giral como la inmensa mayoría de partidos y organizaciones izquierdistas españoles, esperan el derrumbamiento del régimen instaurado por los vencedores de la guerra civil, en la primavera de 1939. Mientras tanto, y algunos desde los comienzos de la contienda -verano de 1936-, millares de españoles y españolas, encuadrados en partidas de guerrilleros, o formando parte de sus fuerzas auxiliares, se batían por tierras de España -en Galicia, en Asturias, en Extremadura, en La Mancha, en Andalucía y en Aragón, en particular-, sin que el exilio les preste la menor ayuda.

Una locura

Con todo, los ánimos estaban muy altos como para renunciar. M. P. S « Chispita » cuenta: « *No, el entusiasmo no decayó demasiado entre los expedicionarios, cuando las principales fuerzas del exilio desautorizaron la invasión guerrillera del Pirineo. No olvides que acabábamos de liberar Francia. Bueno, quiero decir que habíamos sido los principales liberadores del Mediodía de Francia. Y pensábamos que ya no se resistiría nada. Pero, en el fondo, no faltaban quienes -y yo me contaba entre ellos- temían que al aparecer los comunistas como fuerza central de la invasión las posibilidades de triunfo disminuyesen. Esta es la verdad. Pero echamos “p’adelante”, porque no veíamos otro camino y en no pocos casos por solidaridad con nuestros compañeros de armas de los años difíciles (1941-1944). Nada más penetrar en territorio español nos dimos cuenta de que la “tarea liberadora” no iba a ser tan llana como muchos imaginaban. Posiblemente, de haber tenido noticia de la existencia de tantas partidas de guerrilleros locales, no nos hubiésemos entretenido tanto en la zona fronteriza.*

Una vez “instalado” en el maestrazgo, como tantos otros compañeros míos, me vi obligado a hacer el balance de la invasión del Valle de Arán y reconocí que había sido una locura. Que lo cabal hubiese sido organizar, bien escalonadamente, la infiltración por pequeños grupos, así como la toma de contacto con las guerrillas locales, y pasar en seguida a la creación de guerrillas urbanas. Por lo que hemos sabido después, las partidas antiguas hubiesen agradecido mucho la llegada de técnicos-instructores y también la puesta en marcha de cierta coordinación -no la militarización a rajatabla que se pretendió imponer-, ya que el ambiente de miseria y de explotación de aquellos tiempos favorecía la creación de núcleos de resistencia y de combate. Recuerda a los usureros de pueblo, a los estraperlistas y todo el tinglado que las “fuerzas vivas” -las “fuerzas vividoras”- habían montado para tener acorralado al pueblo. Lo que no se podía hacer era ir a pedir a la gente que se echase en la boca del lobo sin más ni más. Y así, como sabes, pasamos varios años, luchando por aquellas sierras. Sin gran confianza en el futuro, porque pronto quedó claro que las potencias llamadas democráticas, al igual que durante la guerra civil, no estaban dispuestas a poner toda la carne en el asador para liquidar los últimos vestigios del fascismo europeo.»

Eduardo Pons Prades, *Historia 16*, nº 17, 1977, pp.139-143.